

Daulte en catalán



Carol López, que cosechó sendos éxitos en la Villarroel con «Germanes» y «Boulevard» cuando ejercía como director del teatro el argentino Javier Daulte, no sólo le ha sucedido a éste en la gestión de dicho coliseo, sino que además le ha estrenado una versión en catalán de su obra «Me llamo Caperucita», que ahora es «Tres dones i un llop».

El punto de partida es la intuición de Daulte de que el cuento infantil admite una lectura mucho más sofisticada de lo que nos creemos.

«Hay dos elementos - ha dicho que me parecen bastante interesantes: la idea del monstruo y la incapacidad de una madre de ver morir a su propia madre. El monstruo es un elemento que aparece de forma constante en la literatura dramática y, en general, es un personaje fabuloso y que tiene una relación evidente con la actualidad. Me pregunté cuál sería el equivalente y que función tendría dramáticamente. Es realidad es alguno que se convierte en monstruo y que a partir de ese momento ya no puede discernir nada. Todos podemos convertirnos en monstruos, pero en realidad este individuo no se siente como tal, sólo está buscando su objetivo. Si esta motivación se lleva a un extremo ya no puede intervenir ningún tipo de lógica, ni de razón compartible. Esto es lo que me parece que termina convirtiendo a cualquiera en monstruo».

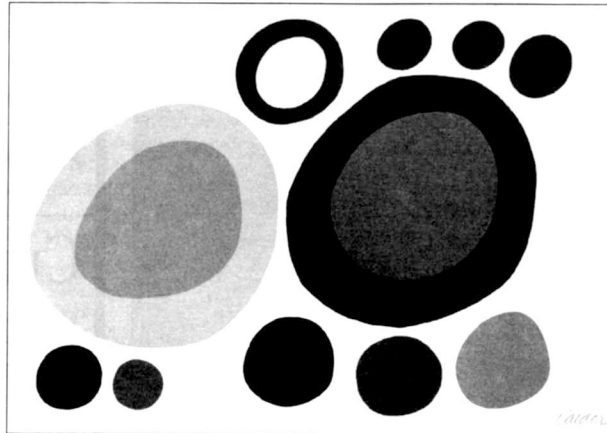
La obra de Daulte gira en torno a tres mujeres, la veterana, versátil y excelente actriz Amparo Moreno, Carmen Pla, Mireia Aixalà y un hombre, Roger Coma, dirigidos todos ellos, como se ha dicho, por la mano experta y dúctil de Carol López.

Terrasa: Calder y Miró, amigos

Hay todo un mundo detrás de la vida de los grandes artistas que no siempre es bien conocido. Sabemos, por ejemplo, mucho de cómo fue la vida de Dalí y bastante de la de Picasso, pero en cambio mucho menos de Joan Miró que, según todos los que le conocieron, fue un hombre más bien tímido y reservado. Un carácter muy diferente del de Alexandre Calder, lo que no impidió que ambos fueran muy buenos amigos. Pues bien, precisamente el resultado de dicha relación en la obra de estos dos grandes artistas del siglo XX queda muy clara en la exposición «Calder y Miró, una experiencia de respeto y amistad» que se presenta en el

Centro Cultural de Caixa Terrasa.

La amistad entre ambos se inició en París en 1928 y debía ser curioso verlos juntos: Miró, como siempre, impecablemente vestido, con americana y corbata; Calder, en cambio, con tejanos, camisa de colores estridentes y zapatillas deportivas. Hubo un hombre que tuvo el privilegio de tratar a ambos y de profundizar en su amistad: el fotógrafo Alfredo Melgar, que, a partir del encargo recibido de la galería Maeght de la capital francesa, conectó con ellos y supo de su amistad, que adquirió tinte de verdadera complicidad artística.



Una de las obras de Calder

La exposición permanecerá abierta en el Centro Cultural de Caixa Terrasa (Rambla de Egara, 340) hasta el 4 de julio. www.fundacioct.es

La última selva de España

El patente desinterés de los investigadores españoles por las cuestiones referidas a la presencia colonial de España en África ecuatorial tiene en Gustau Nerín una conspicua excepción. Autor de varias obras sobre este tema, completa ahora su bibliografía con «La última selva en España. Antropófagos, misioneros y guardias civiles» que publica Catarata.

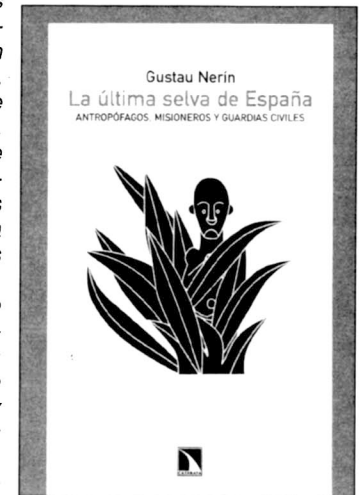
Nerín se refiere en este libro a los primeros años treinta del siglo XX que fueron los que marcaron la lentísima y progresiva ocupación de la zona continental que le fue adjudicada a España en el reparto del pastel colonial de la zona ecuatorial que se distribuyeron inicialmente el Reino Unido, Alemania y Francia.

Este territorio quedó ambiguamente delimitado durante

mucho tiempo. No es extraño que esta situación facilitase la intromisión de colonos franceses que, amparándose en pretendidos convenios con jefes de tribus fang, intentaron apoderarse de 18.000 de los 24.000 km² adjudicados a España, lo que no se resolvió hasta 1424 y fue una de las causas de la paralización de las inversiones.

La penetración española en el interior de Guinea continental estuvo condicionada por la falta de conocimiento real del territorio, el desinterés a causa de su dudosa rentabilidad económica, las intromisiones de los vecinos franceses y alemanes, los escasos recursos económicos disponibles por el gobierno de la colonia, así como la primera guerra mundial, con la utilización de partes del territorio español no ocupadas efectivamente por uno u otro contendiente y finalmente el refugio de los alemanes desalojados de su colonia de Camerún en territorio neutral español, con el consiguiente enfado de los franceses. A todo ello habría que sumar dos grandes rebeliones nativas: la de los esamogón durante la gran guerra y la de los osumu en 1921-1922.

Con todo ello se puede colegir que la culminación de la ocupación no fue posible sino a partir de 1925 y que las consecuencias fueron desastrosas porque este proceso produjo hambrunas, explotación humana, propagación de epidemias, difusión del alcoholismo y un preocupante descenso demográfico de las etnias nativas del que tardaría muchos años en recuperarse. La conclusión a que llega el lector es que la colonización española del Muni no fue mejor, ni más humanitaria que la alemana o francesa, que se atrasó mucho más que las otras por la falta de medios económicos y el desinterés de la metrópoli y que en los abusos cometidos hubo tres grandes responsables: la insaciable ambición de colonos y finqueros, la brutalidad de la Guardia colonial, mandada por oficiales y clases de la Guardia Civil, y el poco evangélico ejemplo de los misioneros claretianos, casi siempre mudos ante los abusos y copartícipes del festín económico colonial.



El libro de Nerín sobre Guinea

Pablo-Ignacio de Dalmasas